PRÓLOGO

Érase una vez...

Dejando de lado que sus orejas estaban echando humo, aquel era un día normal y corriente para El Villano.

La primera semana de Evie Sage como asistente había sido horrible, al menos para Trystan Maverine. La cera de una de las velas que tenía delante estaba goteando. La base del pequeño portavelas que la sujetaba no era lo bastante ancha, por lo que iba cayendo sobre el pergamino que estaba revisando. La miró con desprecio. Aquel desafío le recordaba al de la mujer que había contratado mientras estaba desangrándose y perdiendo el sentido en el bosque de Hickory.

Un momento excelente para tomar decisiones importantes sobre la contratación de nuevos empleados, desde luego.

En su defensa, tenía que decir que daba por hecho que ella renunciaría casi de inmediato. Sin embargo, aquella mujer era inquebrantable. Lo había intentado todo, no se había dejado nada en el tintero, ni siquiera el asesinato. Pero encontrarse un cadáver en su mesa tampoco la había hecho flaquear, ni a ella ni a su maldita sonrisa. Daba lo mismo qué tareas le encomendara o el peligro y la repulsión que entrañaran; ella siempre sonreía. Y lo que era peor: no se iba. Su insistente presencia le inspiraba un sentimiento que no lograba descifrar.

La notaba de pie a su lado, emanando calor, prácticamente resplandeciendo, como una especie de lucecita parpadeante.

Una lucecita que tenía que esforzarse por no mirar, pues sentía como si fuera una cuerda tirando de su atención, de su mente. Aunque él no pensaba dejarse distraer. En lugar de eso, se quedó mirando fijamente el ónice del que estaba hecho su escritorio, donde caía otra gota de cera. Estaba cerca del punto de no retorno, lo sentía acercándose como un líquido inflamable a un barril de pólvora.

La correspondencia que tenía en las manos no ayudaba. *Malditos nobles.* Otra invitación de lord Fowler, el único noble dispuesto a hacer negocios con El Villano. Habría sido un punto a su favor si el hombre no estuviese cada dos por tres mandándole invitaciones a fiestas. Ya puestos, lo mismo podía mandarle una bomba. Por suerte, las muestras de amabilidad por carta eran fáciles de ignorar. A diferencia de cuando la fuente de amabilidad estaba a metro y medio de distancia, sonriendo y... Por todos los dioses, ¿estaba canturreando?

Nadie debería ser tan alegre. Era antinatural.

Se preguntó si la asistente que había contratado no sería humana, tal vez una especie de duendecillo maníaco que nunca había experimentado la oscuridad. Y, por desgracia, esa disposición antinatural no solo la abarcaba a ella. Su energía contagiosa se extendía por la oficina más rápido que el mal místico, el cual ya llevaba una década cobrándose la vida de los habitantes de Rennedawn. Él parecía ser el único indemne. Al resto de los trabajadores se les veía más felices, las vidrieras con representaciones de asesinatos brillaban con más fuerza, incluso los guardias parecían más amables y menos sanguinarios.

Esa mañana había visto a un becario dando brincos por la oficina. Esa había sido la gota que había colmado el vaso.

Sage volvió a tararear por segunda vez desde el otro lado de la estancia. Le entraron ganas de agarrarla por los hombros y exigirle que le dijera de dónde venía aquel pozo inagotable de emociones agradables. Ella tarareó de nuevo y a él le entró un tic en el ojo. Se había equivocado. *Esa* era la gota que colmaba el vaso.

Apartó la vista de la correspondencia con la boca abierta, listo para reprenderla, pero se quedó mudo al ver el estado de ensoñación en su rostro. Estaba inclinada hacia la ventana abierta del despacho, con el perfil iluminado por la luna y las estrellas. El aire nocturno acariciaba su melena oscura y creaba la ilusión de que estaba volando. Se quedó mirando la forma de su nariz, casi... ¿cautivado?

Había que hacer algo al respecto.

Desvió la mirada antes de gruñir:

—Estos papeles no se van a ordenar solos, Sage. —La fulminó con la mirada mientras deslizaba los callos de sus dedos sobre el pergamino, fingiendo ordenar las páginas.

Puede que un cadáver sobre su mesa no lograra quebrarla, pero obligarla a hacer papeleo a aquellas horas de la noche tenía muchas papeletas de conseguirlo.

La asistente se acercó grácilmente al escritorio y su rostro entró en el campo de visión de Trystan. Tenía la nariz arrugada y la cabeza inclinada hacia él, con los rizos negros cayéndole por los hombros.

—Pero no me diga que eso no sería de lo más conveniente —respondió con alegría.

Trystan estaba a punto de vomitar.

Empezó a toser, asqueado por aquel calor que lo invadía, y miró hacia el escritorio, hacia Reymundo, una de sus amistades más antiguas. Habían sido casi inseparables durante aquella última década. El que en su día había sido un príncipe humano era la razón por la que Trystan se había metido en aquel embrollo. Los caprichosos paseos del anfibio lo habían llevado directo a los brazos de la guardia mágica del rey. Lo cual había llevado a Evie Sage directa a los brazos de Trystan. Literalmente. Aún podía sentir el calor de su cuerpo en contacto con el suyo y el aroma a rosas de su pelo.

La corona de esa rana revoltosa se deslizó hacia un lado mientras levantaba uno de sus cartelitos. Ponía: BONITA.

—¿Te crees que no lo sé? —masculló Trystan mientras le arrebataba el cartel de la diminuta pata palmeada y lo dejaba de un golpe boca abajo sobre la mesa para evitar que Sage lo viera.

—¿Que sabe qué, señor? —preguntó ella.

Mierda.

—Que su tendencia a soñar despierta entorpece el ritmo de trabajo —refunfuñó a la vez que le dedicaba una mirada asesina a Reymundo mientras este negaba con la cabecita. *No pienso seguir las órdenes de una rana de mierda.*

Sage volvió a su mesa prácticamente flotando y, con una mezcla de picardía y sinceridad en los ojos, replicó:

—No estaba soñando despierta. Estaba pidiendo un deseo. —La falda de color verde cubierta de florecillas se arremolinó a su alrededor mientras proyectaba toda la fuerza de su alegría hacia él.

Trystan estuvo tentado de agacharse para esquivarla.

En vez de eso, optó por aprovechar su comentario como distracción.

—¿Un deseo?

Evie se sentó en la nueva silla que había frente a él, se apartó los rizos oscuros de la cara y cogió un montón de papeles, dispuesta a ordenarlos.

—¿Nadie le ha explicado nunca que las estrellas escuchan los deseos? —preguntó perpleja, como si fuera *él* quien acabara de decir algo absurdo.

—Nunca me enseñaron esa lección en el colegio —respondió con sequedad antes de volver a centrar la atención en un informe de la comandante de su Guardia Malévola, Keely*.

Sage frunció el ceño.

---

* Algunos lectores sagaces habrán notado que en el primer volumen de esta trilogía, el comandante de la Guardia Malévola y sus subalternos eran señores. Debido a las particularidades del idioma original y en un más que bienvenido giro de guion, hemos descubierto ahora que la Guardia Malévola está compuesta, mayoritariamente, de jefazas. ¡Bienvenidas sean! *(N. de la T.)*

—Ah, no, a mí tampoco me lo enseñaron en el colegio. Lo aprendí de mi madre y su familia. El tío Bale era un experto en estrellas. Mi prima Helena y yo solíamos pasar los veranos aprendiendo cosas sobre ellas. Nos tumbábamos en la hierba por la noche a hablar con el cielo. Era divertido. —Su mirada alegre desapareció de repente y su sonrisa vaciló. Aunque solo fue por un segundo, él igualmente se dio cuenta y le pareció raro.

Siguió hablando de todas formas, casi por instinto.

—En el colegio nunca me enseñaron cosas así de interesantes, pero eso no impidió que lo echara de menos cuando dejé de ir.

Trystan se obligó a fijar la mirada en la cera de las velas de su escritorio.

—En su currículum no mencionó nada sobre su educación.

Ella respondió con un desenfado tan exagerado que se notaba que era falso.

—Tuve que dejarlo tras la desaparición de mi madre. Mi padre tenía sus negocios y alguien tenía que quedarse en casa con mi hermana pequeña.

No insistas. No tiene importancia.

—¿Cuántos años tenía? —preguntó.

Maldita sea.

Oyó como los papeles que ella tenía en las manos crujían. Debía de estar agarrándolos con fuerza.

—Trece.

Trystan notó un peso en el pecho.

Reymundo tenía ahora otro cartel que estaba claro que iba dedicado a él. La rana lo balanceó delante de su cara. IMBÉCIL.

—Sage, lo... —Se detuvo a media frase. Tenía una disculpa en la punta de la lengua. *¿Una disculpa?* El Villano jamás se disculpaba. El mero impulso de hacerlo lo dejó tan impactado que cerró los labios.

El apellido de su asistente flotaba incómodo en el aire que los envolvía. Arrugó una carta y la tiró a la papelera para evitar desviar la mirada hacia ella, aunque, por supuesto, acabó mirándola de todos modos.

Un gesto de espanto se había apoderado de su alegre fachada. Y ese espanto se convirtió en vergüenza cuando se percató de que la estaba mirando.

—Ay, lo siento. No suelo hablar tanto.

Eso no era para nada cierto. Solo en los últimos siete días, había oído hablar a ese pequeño estorbo más que a cualquier otro ser humano que hubiese conocido antes. Y lo peor era que recordaba todas y cada una de las palabras que había dicho.

—Sospecho que me está mintiendo. —Su tono era más brusco que amable.

—Ah, ya —contestó ella, y luego soltó una risita—. Sobre lo de hablar, sí, pero lo de que lo siento lo he dicho de corazón.

Ahí estaba esa soltura tan típica de ella. Esa rapidez a la hora de disculparse. Hacía que pareciera tan fácil.

—No se preocupe —gruñó El Villano.

A ella se le iluminó la cara y él se quedó parpadeando. ¿De verdad había dicho eso?

—Cada vez me siento más cómoda con usted —añadió.

Dios mío, esa mujer era como el sol. Necesitaba unos anteojos tintados solo para poder mirarla. Entrecerró los ojos y frunció el ceño.

—Bueno, la comodidad no está permitida en esta oficina. Quizá ahora sí que debería disculparse.

Evie se mordió el labio, pero no pudo evitar que se le curvara hacia arriba de todos modos. Giró la cabeza hacia la ventana, hacia la estrella más brillante que había en el cielo. Se la veía nostálgica.

Demasiado para soportarlo. Necesitaba que se fuera. Ya mismo.

Antes de tener oportunidad de asustarla, ella volvió a mirarlo. Tenía las mejillas sonrosadas. Sus pequeños dedos aflojaron los papeles que tenía en las manos mientras decía con total sinceridad:

—Lo siento. Pero es verdad. Este es el mejor trabajo que he tenido.

Trystan murmuró una maldición en voz baja. Aquello había sido como un guantazo, y le había dado tan fuerte que casi le había hecho retroceder. Se tiró del cuello de la camisa para no ahogarse.

La misteriosa sensación que aparecía después de someterla a esas pruebas de resiliencia y que ella las pasara con una sonrisa se terminó revelando: alivio.

El corazón le latía con fuerza, lo cual era un indicador del peligro que entrañaba aquella emoción, pero tomó aire de todos modos y contestó:

—Me... complace oírlo. —Se levantó y le quitó los papeles de las manos. Ella los soltó de inmediato—. Puede retirarse por hoy, Sage. Creo que ya la he torturado lo suficiente.

Ella desvió la mirada hacia las puertas del despacho mientras se levantaba. Entonces se puso una mano en la cadera y enarcó una ceja.

—No creo que los hombres de las mazmorras estén de acuerdo, señor.

El Villano se atragantó y se tuvo que golpear el pecho para ahogar la risa. Después dibujó una fina línea con los labios apretados.

—A menos que quiera unirse a ellos, le sugiero que se marche.

Ella arrugó la nariz una vez más antes de encaminarse hacia la puerta, pero volvió a detenerse para mirar por la ventana. Algo la había atraído hacia los destellos nacarados del cielo que se reflejaban en sus ojos.

—¿Qué deseo ha pedido? —Las palabras salieron en un susurro áspero. No había podido evitarlo. Necesitaba saberlo, aunque no sabía por qué.

Ella lo miró de frente. Fue retrocediendo de espaldas lentamente hasta llegar a la puerta y agarró el picaporte. Tenía un rostro plácido que a Trystan le hacía sentir como si sus huesos fueran de gelatina.

—Se lo contaré cuando se cumpla.

Cerró la puerta con cuidado al salir. Por el rabillo del ojo, Trystan volvió a ver el brillo de las estrellas. Soltó una risa burlona y enseguida se dirigió a su escritorio para hurgar en el primer cajón en busca del rubí que servía como cristal de aviso. Deseos. Menuda ridiculez.

Usaba ese rubí, como muchas otras de las piedras preciosas que poseía, para comunicarse con los miembros de su guardia. Cada unidad tenía una gema mágica asignada y esta variaba dependiendo del estatus, pero aquella situación requería a la Unidad Rubí. La más letal. Su preferida.

No se demoró en dar la orden de que alguien cualificado siguiera a Sage en las sombras para asegurarse de que llegaba a casa sana y salva. Había muchos peligros acechando en el bosque de Hickory; criaturas a la espera de clavarle las garras a alguien joven como ella, y él ya había invertido una semana de su tiempo en formarla. No iba a permitir que se desperdiciara. Y, para ello, había que tomar medidas que garantizaran su supervivencia.

Al fin y al cabo, ¿de qué servía tener una asistente si estaba muerta?



CAPÍTULO 1

EL CABALLERO

Evie Sage está muerta.

Las palabras del caballero resonaron en la amplia entrada de los aposentos del rey y rebotaron contra las opulentas paredes como un lamento fúnebre.

El rey Benedict tenía la cara inclinada hacia un libro y las inmaculadas manos apoyadas sobre las páginas. La luz del sol que entraba por el ventanal se derramaba sobre las hojas escritas con tinta plateada y hacía que la habitación resultara densa y sofocante. El caballero se empezó a remover, inquieto bajo la pesada armadura, pero en cuanto el rey levantó la cabeza, se quedó inmóvil.

Aquello había sido un error.

El rey Benedict cerró el libro y la luz del sol se atenuó un poco, como si el astro estuviera decepcionado. El monarca se levantó despacio, con una sonrisa comprensiva asomándole en los labios.

—Es una pena —dijo pasándose una mano por el pelo de color arenoso. Solo tenía unas pocas canas, lo cual era sorprendente para un hombre de tan avanzada edad—. La pobre muchacha fue corrompida por El Villano. Aunque supongo que, en cierta manera, ha sido una muerte piadosa. No se puede salvar a una persona que se ha acercado tanto a la oscuridad.

Ahora puede descansar en paz. —La sonrisa del rey era autocomplaciente.

Te odio.

El caballero apretó el puño, pero lo aflojó antes de que el rey se diera cuenta. Asintió.

—Vos siempre sois piadoso, mi rey —respondió a pesar de que las palabras le quemaban la lengua.

Benedict entrecerró los ojos y señaló una silla acolchada.

—Por favor, siéntese. El viaje de vuelta a palacio debe de haber sido agotador. ¿Cómo está sir Ethan? Se quedó con usted para cerciorarse de que las cosas salían como debían, ¿no?

El caballero se acercó con cuidado a la silla de terciopelo rojo. El cojín cedió al sentarse. Lo único visible bajo el yelmo que llevaba eran sus ojos verdes.

—Sir Nathan, majestad —lo corrigió con cautela.

—¡Ah, eso! Sir Nathan. —El rey rio entre dientes.

Entonces el caballero añadió sin rodeos:

—Muerto.

—¡Uy! —El rey alzó las cejas.

El caballero dijo las palabras exactamente como las había practicado:

—Me temo que Otto Warsen estaba demasiado sediento de sangre. Acabé con él yo mismo después de que se volviera contra sir Nathan y yo. —Estaba orgulloso por haber logrado evitar que su voz temblara al decir aquella mentira.

El rey no pareció entristecerse, lo cual no sorprendió a nadie. Bueno, al menos a nadie entre los presentes.

—Muy bien. Cuantos menos cabos sueltos, mejor. Confío en que se haya ocupado del cadáver de Warsen.

Los labios del caballero se curvaron bajo el yelmo al recordar cómo se habían... «ocupado» de la cabeza del señor Warsen.

—Sí, mi rey.

Comenzó a acumularse más sudor en la nuca del caballero. Sabía lo que el rey estaba a punto de preguntarle.

—¿Y el cuerpo de Evie Sage? ¿Puedo verlo?

La luz que entraba por el ventanal iluminaba el dorso de las manos del caballero, ahora cubiertas por unos guantes nuevos, sin salpicaduras de sangre. Aquella luz le dio una sensación de paz mientras decía:

—Me temo que los curanderos necesitan tiempo para tapar las heridas y adecentarla, tal y como pedisteis. Han rogado que no se les moleste mientras trabajan.

Se hizo el silencio. El caballero contuvo la respiración para que el rey no notara lo rápido que se le movía el pecho. *Mantén la compostura,* se ordenó a sí mismo, convencido de que su corazón estaba latiendo tan fuerte que el rey era capaz de oírlo.

Benedict sonrió, pero la sonrisa no se vio reflejada en sus ojos. Nunca lo hacía.

—Supongo que puedo concederles esa petición. Pero asegúrese de que esté preparada para el desenmascaramiento a finales de semana.

El caballero asintió, exhalando con lentitud.

—Sí, mi rey. —No le hizo falta preguntar en qué consistía ese «desenmascaramiento». Al rey se le daba bastante bien presumir de sus logros.

Y en tres, dos, uno...

—A finales de semana, vamos a desenmascarar a El Villano delante de todos los notables de estas tierras.

Vaya, pensé que no iba a pasar del dos. Pero su majestad estaba muy ansioso. Los ojos le brillaban con un aire maníaco mientras hablaba.

—Un verdadero logro, mi rey. —El caballero entrecerró los ojos para fingir una sonrisa—. Le doy la enhorabuena.

El rey se levantó con un movimiento exagerado y la capa forrada de piel voló tras él mientras arrojaba un libro de su escritorio sobre la mesita de té que había frente al caballero. El golpe sacudió la madera e hizo vibrar los cálices de plata, en cuyo interior apenas quedaban unas pocas gotas de vino. Pen-

só que no le vendría mal tomarse una copa llena hasta arriba. O varias.

—Esto es el inicio de una nueva era para Rennedawn.

El caballero enarcó las cejas. Aquello sonaba... ominoso.

El rey siguió hablando:

—Presentar a Evie Sage como la víctima perfecta consolidará el odio del reino hacia El Villano. Por fin habrá pruebas de todas sus fechorías. —Señaló el libro, cuya cubierta incluía una opulenta gama de colores vivos—. *La historia de Rennedawn.*

¿La fábula infantil? *La historia de Rennedawn* era un relato épico sobre los orígenes del reino y el hechizo que evitaría la extinción de la magia. Supuestamente, la fábula había sido transmitida por los propios dioses, aunque lo más habitual era oírla de boca de los padres cuando reprendían a sus hijos. El caballero nunca antes había visto una versión publicada, pero la colorida portada no invitaba mucho a confiar en la legitimidad del texto. ¿Acaso el rey tenía dificultades para distinguir entre ficción y realidad?

Quizá la corona le aprieta demasiado.

Aunque era cierto que corría el rumor de que Rennedawn había comenzado a desvanecerse de verdad. Si la historia era cierta...

¿Era posible que esos rumores fueran fundamentados?

El rey suspiró.

—Me temo que, para seguir siendo el reino mágico más poderoso, necesitaré que me haga un gran favor.

El rey le había pedido muchos grandes favores, y todas las veces, sin falta, su respuesta era:

—Sí, mi rey.

—Necesito que vaya a la casa de la familia Sage y recupere las cartas de Nura Sage. Tráigalas antes de que acabe el día.

El caballero respondió con cautela:

—Lo que su majestad ordene. No obstante, ¿me permitís preguntaros para qué las vais a necesitar?

—Tenía esperanzas de que la mayor de las Sage poseyera los mismos poderes que su madre, pero, a pesar de los esfuerzos de Griffin, la niña era una inútil. —Benedict se dio unos golpecitos en la barbilla y frunció el ceño—. Bueno, inútil en vida. —El caballero permaneció impasible—. En cualquier caso, las cartas nos ayudarán a dar con el paradero de Nura. Hace años que nadie sabe dónde está.

La voz del caballero apenas superó la fuerza de un susurro.

—¿Y la Sage más joven?

El rey hizo un gesto con la mano.

—La podemos dar por muerta. Ha sido tomada por la horda de El Villano.

El empalagoso calor se había vuelto tan sofocante que el caballero empezó a marearse.

—¿Y qué hay de los gubres, alteza? ¿No es necesario el veneno de uno de ellos? Tenía entendido que también se requería. Luz estelar y veneno del Destino, algo así era, ¿no?

Una vena palpitó en la frente del rey, pero su rostro permaneció inexpresivo. Se agachó, cogió el libro y lo colocó con cuidado en una vitrina de cristal junto a las ventanas. Su voz de barítono, casi melódica, hizo vibrar las paredes por el desdén con el que habló:

—Por suerte, tengo en mi poder al hombre indicado para ayudarme con eso.

El caballero sabía a quién se refería, pero eso no impidió que un escalofrío le helara la sangre.

El Villano.



CAPÍTULO 2

EL VILLANO

El Villano no echaba de menos la luz; echaba de menos los colores.

Trystan levantó la mirada con los lamentos de los demás prisioneros resonándole en la cabeza. La piedra que notaba bajo las manos húmedas era áspera, y era lo único que lo mantenía conectado a la realidad en medio de aquella interminable oscuridad. La oscuridad era como la muerte. Una muerte sin paz; una oscuridad sin luz. El dolor de sus músculos era el único indicador de que seguía vivo.

Su ritmo cardíaco se aceleró. No podía respirar. No había barras a las que agarrarse. Tampoco ningún poder que invocar, como si hubiesen atrapado a su niebla entre cuatro paredes, igual que a él. Pero la sentía retorcerse y enroscarse en su interior. Pedía libertad. *Ya somos dos.*

—Basta. —Tropezó y su hombro tuvo la suerte de chocar contra una superficie irregular. Ladrillos. Gracias a los dioses. Había una pared. Aquella robustez resultaba reconfortante en contraste con su mayor temor: la oscuridad. Sus manos, llenas de ampollas, siguieron aquella superficie curva sin descanso, pero no había final a la vista. ¿Dónde estaba la puñetera puerta?

Se detuvo para tomar aire. *Respira, Trystan.* Tenía que salir de ahí, tenía que encontrar a Sage. Evie... Otto tenía a Evie, la estaría...

No. No podía pensar en eso ahora. Todavía no.

Siguió la pared, palpando de arriba abajo, moviéndose en un bucle sin fin capaz de volver loco a cualquiera. Estuvo así ¿cuánto? ¿Minutos? ¿Horas? No tenía ni idea.

El cansancio le obligó a cerrar los ojos un momento. ¿Qué más daba? No había forma de que pudiera escapar de allí, y menos con su magia fuera de servicio. Aquella no era la misma celda en la que había estado encerrado cuando lo llevaron a la casa de verano del rey; era una cámara destinada específicamente para él, para recluirlo y torturarlo.

Era consciente de la ironía que aquello suponía.

La desesperación era un sentimiento horrible, por no decir inútil. Pero notó que la esperanza se esfumaba al caer de rodillas por segunda vez aquel día.

Gruñó. Echaba de menos la indiferencia, echaba de menos la capacidad de sofocar sus sentimientos como si fueran una fogata. Era preferible a tener esas llamas corroyéndolo por dentro. Sin embargo, con Sage la indiferencia no había funcionado. Ahora lo sabía, igual que sabía que no estaba solo en esa estancia.

—Tienes muy mal aspecto, muchacho.

La rabia latía tras sus ojos doloridos. Su visión se estaba esforzando inútilmente por ver a Benedict, que estaba plantado frente a él. El rey tenía artilugios para cazar en la oscuridad, los había utilizado para atormentar a Trystan la primera vez que lo había encarcelado. En otra vida, quizá podría haber llegado a admirar su talento para el espectáculo, pero, en esta, lo único que quería era romperle los dientes.

El Villano se impulsó para ponerse de pie sobre sus piernas temblorosas e hizo el esfuerzo de intentar hablar con un tono firme.

—Bueno, estoy seguro de que eso es un consuelo para ti, Benedict. Debe de ser como mirarse al espejo.

Benedict se rio entre dientes.

—Tranquilo, hombre. No hay necesidad de ser hostil. Solo he venido a hablar contigo.

—¿Ya empiezas con la tortura?

Trystan sabía que el golpe iba a llegar, así que esperó para poder calibrar desde qué dirección. El puño le dio en el estómago con tanta fuerza que el aire se le escapó de los pulmones y sus rodillas cedieron. ¿Ese guardia llevaba un puño de acero? Por los dioses, qué dolor.

Benedict volvió a reírse. Trystan notó un dolor agudo y desorientador en el torso al intentar inhalar. Pero le daba igual; él ya sabía lo que era el dolor, sabía lo que era sentir una agonía más profunda que el mar Lila. Hacía tiempo que había aprendido a acercarse al dolor en lugar de alejarse de él.

Unas manos ásperas cerraron unas esposas metálicas y bien apretadas alrededor de sus muñecas. El roce le puso la piel en carne viva mientras se revolvía contra las cadenas y las tensaba contra la pared. La sensación de inmovilidad era peor que el dolor.

—Qué decepción. Esperaba tener una conversación civilizada —dijo el rey en tono burlón.

—Nunca se me han dado bien las formalidades. —Aquel dolor punzante le palpitaba ahora en el costado. Maravilloso. Se había fisurado una costilla.

El rey soltó un silbido.

—Entonces iré al grano. Necesito los gubres apareados. Cuanto antes.

Ahora le tocaba a Trystan echarse a reír.

—¿Y qué te hace creer que voy a entregártelos?

—¿Qué tal si arrojo algo de luz sobre el asunto? —Se oyó un ruido y, a continuación, la habitación se inundó con el tenue resplandor de una antorcha. Los sensibles ojos de Trystan se llenaron de lágrimas y tuvo que parpadear varias veces—. Ya está. Ahora puedes verme con más claridad.

—Uf, qué susto. Mejor apágala.

Otro golpe en las tripas, pero esta vez fue capaz de ver como se acercaba el puño y prepararse. *Pequeños milagros*.

Ahora también veía a Benedict a la luz de la antorcha: su pelo perfectamente peinado y su vestimenta bien confeccionada, la

cual hacía que la camisa de Trystan, que ahora veía lo rota que estaba, pareciera un harapo.

—Te estoy dando la oportunidad de redimirte, Villano. Los gubres son esenciales para el futuro de este reino y de toda su gente. Esta es tu última oportunidad de eximirte de todo el daño que has causado.

Trystan soltó una carcajada.

—¿Y qué hay del daño que has causado tú? —Miró a Benedict de arriba abajo con desdén sabiendo la rabia que eso le provocaría—. Imagino que crees que tus crímenes son excusables siempre y cuando los cometas en la oscuridad.

El rey tragó saliva y sus hombros se tensaron, como si se estuviera conteniendo para no darle un puñetazo.

—Serás idiota... No tienes ni la menor idea de lo que está en juego.

Benedict se estaba tambaleando frente a un precipicio y Trystan lo sabía. Sentía como se estaba formando la burbuja de la verdad tras esos labios maliciosos. El orgullo sería la perdición del rey, estaba tan seguro de ello como de que la luna acompañaba a las estrellas y la hierba crecía con el sol. Lo único que Trystan tenía que hacer era meter el dedo en la llaga correcta.

—¿La montaña de fallos que has ido acumulando al fin te ha pasado factura, Benedict? —preguntó con una sonrisa.

Al rey se le hinchó una vena en la frente mientras se acercaba hasta quedar lo bastante cerca de él, pero fuera de su alcance.

—Yo nunca he fallado. Me *han* fallado. Primero tú, luego la gubre hembra... —Benedict hizo una pausa y sus ojos se iluminaron con una peligrosa satisfacción—. Por suerte, los errores se pueden rectificar. Empezando por la pobre e ilusa madre de Evie Sage.

Mencionar su nombre era una declaración de guerra. Un rápido relámpago de ira candente recorrió la piel de Trystan y lo distrajo del significado de aquellas palabras, de la verdad que Benedict no debió haber revelado.

¿Qué quería el rey de la madre de Sage?

Trystan se esforzó por mantener el rostro inexpresivo, pero se estremeció al oír aquel nombre. Benedict sonrió ante su reacción. Probablemente ya sabía el efecto que tenía en él después de cómo había suplicado por ella. Qué aborrecible es que tus defectos se muestren ante el mundo, qué perversamente doloroso.

Trystan se armó de valor y echó los hombros hacia atrás para seguirle el juego.

—Mantener cautivo a un gubre recién nacido no creo que haga que el Destino te tenga en gran estima, Benedict. Capturaste y enjaulaste a la hembra durante casi una década. Dudo que eso no haya conllevado ciertas consecuencias.

El rey sonrió.

—¿Quién ha dicho lo contrario?

Trystan entrecerró los ojos, decidido a no entregarle absolutamente nada. Pero la curiosidad lo consumía como el ácido.

La máscara de gentileza del rey se resquebrajó al ver que Trystan no reaccionaba.

—Eres un egoísta y un desagradecido. —Los labios de Benedict se curvaron en una mueca de desagrado—. Te acogí como mi aprendiz. Te enseñé todo lo que sé, te moldeé a mi imagen y semejanza. Y no solo eso; confié en ti, en que harías lo mejor para este reino. Vi cómo te esforzabas por ayudarme a salvarlo y cómo acabaste fracasando por completo.

La punzada que Trystan sintió en el pecho y detrás de los ojos no era real. No necesitaba sentirla si no quería. Él tenía el control. Resopló y parpadeó para deshacerse del agua que empezaba a empañarle los ojos ya cansados. Sus costillas protestaron al erguirse.

—Aterrorizar al reino es mucho más satisfactorio que llevar a cabo nobles heroicidades. Me alegro de haberlas dejado atrás.

No pienso sucumbir.

—Además —añadió con desdén. Una oleada de furia lo llenó de energía—, lo cierto es que sí te he ayudado igualmente, pero a

mi manera. Me he convertido en el villano del cuento. ¿Acaso no era eso lo que necesitabas?

El rey sonrió e hizo un gesto con la cabeza hacia las puertas, indicando a los guardias que se marcharan. No quería que oyeran lo que iba a decir a continuación. Esperó a que se hubiesen marchado para volver a hablar.

—No sé de qué hablas.

—Te ayudé a rastrear el reino entero en busca de luz estelar, por si no te acuerdas. Te ayudé a atrapar a la gubre. Presencié cómo estudiabas mi magia para luego usarla en mi contra. No soy tonto, Benedict. Ya sabía que todas esas cosas estaban conectadas. Mis espías han oído los rumores sobre *La historia de Rennedawn*. No hace falta seguir fingiendo.

Benedict levantó la mano para asestar un golpe, pero se contuvo, tragó saliva y la bajó.

—Te pareces tanto a tu madre. Supongo que Arthur no estuvo lo suficiente presente como para que se te pegara su temperamento.

Las palabras del rey daban a entender que conocía bien a sus padres, pero Trystan decidió que ya se preocuparía por eso más tarde. En ese momento estaba demasiado distraído pensando en Arthur, su padre, que había sido capturado por los hombres del rey y —sintió que se le hacía un nudo en el estómago— acusado falsamente de ser El Villano.

—Doy por hecho que, ahora que me tienes, liberarás a Arthur.

—Todo se andará, muchacho. —Benedict se dio la vuelta con la antorcha en la mano y se encaminó hacia una pared corrediza. La luz se iba desvaneciendo con él—. Pienso conseguir los gubres, cueste lo que cueste.

Cuando la oscuridad estaba a punto de volver a inundarlo todo, Trystan se tambaleó hacia delante. De repente se sentía desesperado.

—Benedict. —El rey se detuvo de espaldas—. Mi asistente tiene un gran valor para mi negocio. Si le sucede algo, si sufre al-

gún tipo de daño..., acabaré contigo. Y me aseguraré de hacerlo a plena luz del día, a la vista de todos. —Habló con voz ronca y en un tono grave y calmado a pesar del nerviosismo que invadía su cuerpo.

El rey se dio la vuelta al escuchar aquella amenaza. El rostro de Evie apareció en la mente de Trystan; no pudo evitarlo. Sus lágrimas, sus gritos mientras Otto Warsen le ponía aquella asquerosa mano sobre la boca. Las heridas físicas de El Villano no eran nada comparadas con el dolor punzante que le oprimía el corazón. No se había sentido tan indefenso desde hacía más de una década. Su cuerpo era incapaz de soportar aquella tensión, aquella necesidad imperiosa de protegerla mezclada con la imposibilidad de hacerlo.

El rey ladeó la cabeza con un gesto fingido de compasión.

—¿No te lo había dicho? Mis disculpas...

Trystan casi habría podido asegurar que sintió las palabras antes de que el rey las pronunciara. Aquel presentimiento hizo que de repente la oscuridad le pareciera un nuevo hogar. El más adecuado de todos.

—Está muerta.